

ORGANO OFICIAL DE LOS MARINOS DE LA REPUBLICA

Director: El Comisario General de la Flota y Base Naval

Epoca I (Año II)

Cartagena 5 de Sebrero 1938

Redacción: Comisariado de la Flota y Base, Muralla del Mar

Núm. 50

Poco a poco, hemos ido perdiendo la fe en todo cuanto presume de ser salvaguarda de la civilización

La fuerza de la razón

Se ha reunido el Parlamento español, expresión de la legalidad republicana. Pocas horas antes, Barcelona, sede de tan magno comicio, sufría una de las más bárbaras y violentas agresiones de la aviación italo germana. Esta casi simultaneidad de acontecimientos tan dispares, ofrecen al mundo civilizado un exponente más, de contundencia concreta que pone bien a las claras el criminoso proceder del fascismo frente a la serenidad y heroísmo del pueblo español. Y así, en la balanza de nuestra lucha, una nueva razón ha sido acumulada a las muchas que solo encuentran contrapeso en las innumerables injusticias que con nosotros se vienen cometiendo. ¿Qué se pretende? ¿Se espera a que vaya perdiendo vigor la España republicana hasta que desfallecida por consunción, se convierta en fácil presa para entrar a saco en ella? A esta suposición que el fascismo internacional se forja con grandes ilusiones, podríamos objetar muchas cosas, pero nos limitamos a dejar sentada la afirmación de que la robusta naturaleza de nuestro pueblo, soporta toda clase de sangría sin que por ello peligre irremisiblemente su existencia. No, España no será nunca del fascismo porque así lo quiere la expresa voluntad de sus ciudadanos, que odian la opresión, el crimen y la barbarie, y que por el contrario aman la paz, la libertad y la justicia.

La legalidad de la España leal,

sigue inmutable el curso que la historia le señala. Ninguna exigencia de las que se nos pudieran demandar por parte de aquellos países que de la constitucionalidad hacen un axioma, quedaría sin satisfacer. En cambio, cuantas han quedado sin satisfacción, de las que nosotros podemos tener para con esos países. Hemos llegado a establecer una perfecta normalidad ciudadana, olvidando incluso serios agravios que demandaban pronta venganza. No es que nos arrepintamos de haber ajustado nuestro proceder a esa norma de conducta; tan solo lamentamos que no se nos quiera reconocer así. Claro está que nuestra historia, somos solo nosotros quienes hemos de ilustrarla con hechos propios, pero es lo cierto que la humanidad está ligada por tan estrechos vínculos, que no es lícito entregarse por nadie a posturas de franco abandono, pues que el presente de unos a veces se convierte en el futuro de los demás.

En el Parlamento, ha sonado firme la voz del Gobierno, tan firme y potente, que se ha superpuesto al ruido de las explosiones de la aviación fascista, al formular la acusación sobre el nuevo crimen. De que le han escuchado todos aquellos a quienes iban dirigidas sus palabras, estamos seguros. ¿Podremos decir alguna vez que ha sido atendida la demanda de justicia que esas palabras encierran? En el Parlamento ha hablado el Gobierno y con ello la conciencia popular ha quedado fortalecida.

Y hemos de fijarnos especialmente en los juicios emitidos por algunos conspicuos escritores militares alemanes. Por ejemplo, el redactor del «Frankfurter Zeitung» que glosa en este diario alemán veterano, hoy nazi, como todos, los sucesos relacionados con su profesión castrense dijo, a los pocos días de comenzar la batalla de Teruel, que nuestra iniciativa era muy interesante y digna de elogio, pero que, probablemente acabaría en un fracaso, porque es muy difícil hacer a un Ejército pasar, rápidamente, de una prolongada defensiva a una ofensiva eficaz. Ya se habrá convencido dicho profesional de las armas de que nuestras fuerzas tenían capacidad sobrada para hacerlo con éxito. Es verdad, desde luego, que unos soldados, unos oficiales y unos jefes que se habitúan a la resistencia pasiva, detrás de posiciones atrincheradas, pierden sus cualidades esenciales maniobreras, como son la agilidad, la flexibilidad, la solidez, ante una pugna en campo abierto y bajo un bombardeo desmoralizador de la artillería y la aviación, y sobre todo, el ímpetu y la tenacidad necesarios para las expugnaciones de las líneas enemigas.

Cuando los franceses, a principios

(Sigue en 3.ª página)

A pesar de los acuerdos de Nyón

LOS «DESCONOCIDOS»

Ha sido menester que los piratas se permitieran atacar de nuevo a unos barcos ingleses, para que Inglaterra se enterara de que, a pesar de los «acuerdos» de Nyón, subsisten los piratas en el Mediterráneo. La verdad, mentiríamos si dijéramos que hemos lamentado mucho los «acontecimientos»; mentiríamos asimismo si dijéramos que, en nuestro fuero interno, no abrigamos una secreta esperanza de que habrán de repetirse acontecimientos de la índole del sucedido al «Endymion», para que el mundo—lo que se llama el mundo civilizado, el cual, como sabes, lector, comprende desde los linchamientos de negros en Norteamérica y las condenas de Scottsborough, hasta el «Hard Labour» como modelo de régimen penitenciario, y los famosos «bagnes» de niños en Francia—, el mundo, decimos, se percate de que los deseos expansionistas de unos fascismos necesitados de sostenerse como fuere, pueden constituir una amenaza también para la frontera meridional de Francia, y también para la hegemonía en los mares de la orgullosa Albión.

Que atribuir a otros móviles el giro, más favorable a la España re-

publicana, que va tomando lo que, en lenguaje diplomático, llámase la atmósfera de las cancellerías, sería volver a la ingenuidad que, al principio de la intervención italo-germana (y la que no se ve), nos llevaba a creer que en cuanto mister Eden tuviera pruebas palpables de dicha intervención, apresurárase a reconocer, a un Gobierno legítimo, su legítimo derecho de aprovisionarse de medios de defensa contra sus agresores. Por suerte, o por desgracia, mister Eden, al resistirse a considerar, como pruebas fehacientes de intervención extranjera, los submarinos «desconocidos» de Italia y los trozos de bombas alemanas e italianas que asesinan a mujeres y niños españoles, nos curó ha tiempo de toda ilusión acerca de lo que algunos Gobiernos democráticos entienden por ayuda a la Democracia.

En fin, lo cierto es que el panorama va cambiando, por los torpedos de los submarinos piratas y las detonaciones de las bombas caídas en territorio francés, y han logrado un éxito que no pudieron lograr los discursos pronunciados ante la altísima e indiferente Asamblea de Ginebra ni los comunicados enviados como pruebas irrefutables a todos los Gobiernos más o menos disfrazados de democráticos.

Felicitémonos, pues, lector amigo, de que nuestra España heroica y mártir vaya dejando de ser conijillo de Indias para las experiencias de los Gobiernos democráticos de mayores campanillas, respecto a la significación del fascismo, nacional e internacional. Y, por aquello de que los milagros conviene se hagan aunque los haga el diablo, celebremos, sin demasiadas reservas mentales, esa solidaridad que va despuntando hacia nosotros en las masas laboriosas de los pueblos cuyos Gobiernos no tienen «pruebas» de la intervención italo alemana.

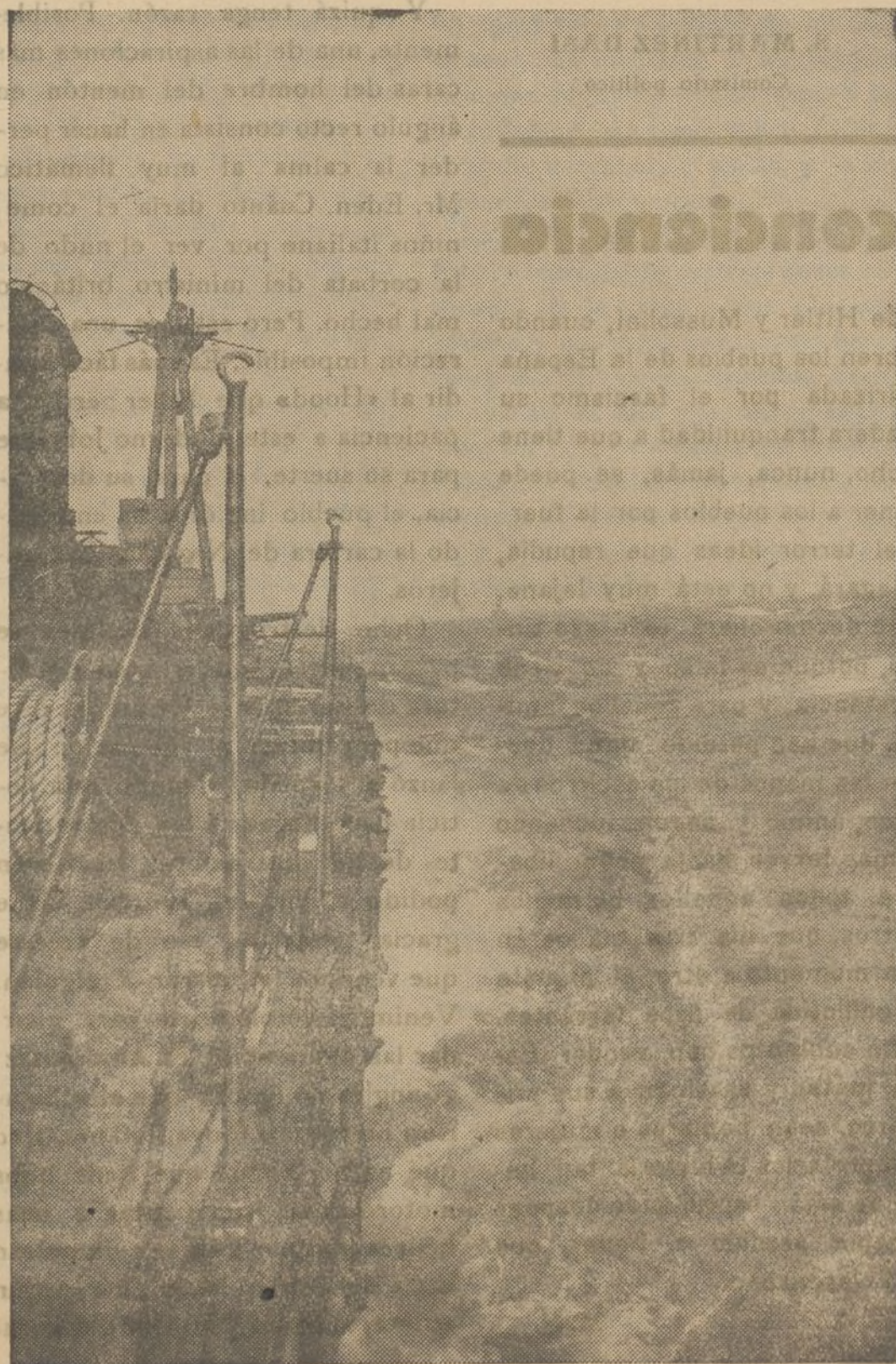
LA SITUACIÓN MILITAR

Las razones de nuestro optimismo

La guerra española—civil y nacional, pero más nacional que civil—, está siendo comentadísima, por los críticos militares extranjeros, desde que el 15 de diciembre atacamos en el Bajo Aragón. Hacia algún tiempo que habíamos pasado a segundo plano en las actualidades periodísticas mundiales. Caído el Norte en poder de italianos, alemanes y franquistas, la preparación la ofensiva irresistible que iba a terminar la guerra, según las radios de Salamanca y Burgos y las crónicas de los corresponsales acreditados en el cuartel general rebelde, los comentaristas se volvieron al Extremo Oriente. Los nombres monosilábicos de las ciudades y los ríos chinos, reemplazaron a los nuestros. Una toponimia exótica sustituyó a la hispana. En las redacciones se abandonaron los atlas de Europa por

los de Asia. ¿El Ebro? ¿El Guadalquivir? No. El Yang Tsé, el Hoang Ho y si acaso, el Río de las Perlas.....

Mas, he aquí que los republicanos, en vez de ser atacados, atacamos, en lugar de vernos sorprendidos, sorprendemos y no sólo no nos ponemos en derrota, sino que ganamos una gran batalla de tres semanas. Y la ganamos táctica y estratégicamente, conquistando un campo atrincherado vastísimo, y una ciudad capital de provincia, y haciendo miles de prisioneros, y apoderándonos de muchísimo y utilísimo material de guerra... Y los críticos desdeñosos, solicitados, quizá, a pesar suyo por el para ellos inesperado acontecimiento, vuelven a dedicarnos largos artículos más o menos parciales o más o menos justicieros.



Nuestro camarada

Alonso cesa en la Base

Hace ya tiempo que nuestro camarada Comisario General, había expresado al Ministro de Defensa Nacional su deseo de cesar en sus funciones en la Base para dedicarse exclusivamente a la Flota, donde empezó su labor y donde quiere seguir aportando sus entusiasmos al lado de los marinos de la Flota republicana.

El ministro de Defensa Nacional, atendiendo este deseo, ha aceptado su dimisión de Comisario en la Base, quedando sólo en la Flota.

Al cesar en la Base nuestro camarada, expresó a todos los amigos y compañeros, tanto de los distintos departamentos como de las distintas fuerzas de tierra, su gratitud y su amor más sincero por la estimación que le dispensaron, a la que sigue correspondiendo desde la Flota republicana.

Lo esencial

Tenemos un ejército. Joven pero experto. Que en el acelerado proceso de su formación ha librado el ámbar de las jornadas desgraciadas y el dulce licor del triunfo. En los interminables días de sus desaciertos e inexperiencia heroica como en las horas gloriosas de sus victorias, ha encontrado siempre la figura humilde y austera, más no por ello menos relevante, de sus Comisarios políticos. Jefes técnicos y políticos que, secundados por los hombres del pueblo que contribuyen con su más preciosa aportación, su existencia, han forjado el instrumento de la victoria.

La compenetración necesariamente absoluta que debe existir entre los tres elementos esenciales de que toma savia y cuerpo nuestro valeroso Ejército, mando militar, político y tropa, es condición indispensable para proseguir la venturosa marcha.

Cualquier otra intervención o norma de desenvolvimiento del conjunto de cualquier unidad armada que no encuentre su más firme sostén en esta actividad conjunta, a la par que común, rendirá más frutos inferiores en calidad, cuando no contraproducentes, a los que es dable y lógico esperar.

No debe rebrotar entre nosotros ningún resabio o vicio de origen de antiguas concepciones de tipo militar con las que no comulga la totalidad de nuestro pueblo. Ni tampoco conceder una interpretación muy «sui generis» a los perfeccionamientos conseguidos a costa de trabajos nada despreciables. Es esta función peculiar del Comisario político quien con su tacto debe evitarlo.

Un viejo adagio dice que «para saber mandar hay que saber obedecer». Sentencia esta de gran fuerza real. Es mucho más fácil y sencillo obedecer que mandar. Para mandar bien, con enérgica educación, sin olvidar nunca que bajo el traje de trigueño paño late el corazón de un hombre, en cuyo pecho anidan sentimientos y fuerzas morales de libertad y progreso social. El soldado antifascista es, ante todo, un hombre; que tiene su dignidad, el concepto elevado de su decoro y celoso guardador de su personalidad.

El mando—jefes, comandantes y comisarios—y oficialidad con su ejemplo y solicitud, comprenden siempre su categoría de hombre que es libre y lucha por conquistar la independencia de su patria y la libertad colectiva. Que siempre rebelde, es hoy sufrido y abnegado ante el sacrificio por su país.

Esta palpable demostración de cuanta es la capacidad de adaptación del pueblo español, debe pesar mucho en la balanza de nuestra conciencia y ser botón en sempiterno movimiento, que, al golpear nuestra inteligencia, nos lo recuerde siempre.

La magnífica actuación de todos, basados en cuanto queda afirmado, constituyen la piedra angular de la victoria. Es el camino por donde nos disponemos a marchar. Por él llegaremos a una meta venturosa.

Todo cuanto pretende encarrilarse por otra senda, está condenado al fracaso.

S. MARTINEZ DASI
Comisario político

Hombres sin conciencia

En tierras de Euzkadi se están cometiendo los mismos crímenes que en pueblos de Extremadura, hombres que llamándose católicos se ensañan con sus víctimas, con los crímenes más refinados. En la cárcel de Larriñaga tienen levantados unos cuantos patíbulos, y no pasa día donde la barbarie falangista ahorcan sin cesar a los hijos de aquellas tierras.

Vizcaya está corriendo la tragedia más horrorosa y espantosa que jamás ningún pueblo conoció. La criminal persecución desencadenada contra los vascos es terrible, pretenden con todos estos crímenes, intimidar a un pueblo que siempre fué libre y por mucho que hagan esos criminales y asesinos, nada más que recogerán odio de un pueblo que será, pese a todo, libre, porque la raza vasca lleva dentro de su sangre, la libertad legada de sus antepasados.

Odio, nada más que odio, es la siembra que recogerán esos cria-

dos de Hitler y Mussolini, cuando recobren los pueblos de la España martirizada por el fascismo su verdadera tranquilidad a que tiene derecho, nunca, jamás, se puede imponer a los pueblos por la fuerza del terror ideas que repudia, día llegará, y no está muy lejano, que se desmoronará todo ese tinglado, porque es falso y no tiene consistencia, y para aquellos familiares que han perdido algún deudo en las manos de los esbirros de Franco, ánimo y seguir luchando con más fervor, hasta poder liberar a todos aquellos hermanos nuestros, que día tras día serán de un momento a otro, al piquete o la guillotina de esos farsantes, que no contentos con vender España, matan y asesinan a sus prisioneros, sean hombres o mujeres sin importarles la historia tan negra que están escribiendo después de haber perdido el honor, que tanto blasonaban.

M. N.

«Ocho destructores ingleses busean al submarino que torpedeó al mercante de la misma nacionalidad «Endymion». (De los periódicos).

El humorismo inglés es inmortal. La flemma inglesa sigue inalterable. Decididamente, la raza anglosajona tiene virtudes para nosotros inapreciables. Tan inapreciables son, que no nos damos cuenta de ellas.

Otro mercante inglés ha sido hundido. Mr. Eden sigue imperturbable. Nuestro «amigo» pensará: ¿Para qué incomodarse por una travesura sin importancia? Afortunadamente disponemos de bastantes barcos mercantes para que tomemos muy en serio la pérdida de uno más. Por otra parte, a Mussolini le ha costado el hundimiento unas cien mil libras, precio aproximado del torpedo. Si conseguimos que los facciosos españoles nos paguen el barco, con el dinero haremos otro nuevo y el resultado será que el único que perdió fué Mussolini, porque el torpedo no hay quien se lo pague. Claro está que hay otro aspecto de la cuestión, el del honor de la bandera, pero... el enfadarse por cosa de tan poca monta es de pueblos inferiores.

Así habrá razonado Mr. Eden. Después, habrá dilatado su boca en una amplia sonrisa, encenderá a continuación un cigarrillo, tomará asiento en una cómoda butaca, cruzará cuidadosamente sus piernas para salvar la intangibilidad de las rayas de sus pantalones y sacudiéndose una motita de ceniza que cayó sobre su impecable americana, pensará: ¡Qué ingenuo es Mussolini!

Y quizá tenga razón. Posiblemente, una de las aspiraciones más caras del hombre del mentón en ángulo recto consista en hacer perder la calma al muy flemático Mr. Eden. Cuánto daría el comenino italiano por ver el nudo de la corbata del ministro británico mal hecho. Pero esto es una aspiración imposible. Es más fácil hundir al «Hood» que hacer perder la paciencia a este moderno Job, que para su suerte, o para su desgracia, el pueblo inglés le ha entregado la cartera de Negocios Extranjeros.

Ocho destructores ingleses se pasean por el Mediterráneo a la altura de Cartagena. La prensa dice que para buscar al submarino que lanzó el torpedo. Cuando esta noticia haya llegado a los comandantes de los destructores, no habrán podido evitar una sonrisa. Tiene gracia, pensarán, eso de creerse que venimos a buscar a alguien. Venimos simplemente para guardar las apariencias. El Almirantazgo inglés no ignora que el submarino no es una boya flotante, sino que es un buque que tiene unos motores que hacen girar a unas hélices y éstas, a su vez, impulsan hacia delante o hacia atrás, según quiera, al barco. No. Decidamen-

te no. Cuando en los primeros momentos de la subversión, se hablaba en el extranjero del conflicto español, lo hacían desdeñosamente para con los republicanos, aun aquellos que, después, cuando el verdadero motivo de la sublevación ha quedado al descubierto, han tenido forzosamente que comprender la grandiosidad de alma del pueblo español, que nunca ha sido tomado en cuenta, y por eso la extrañeza mundial ante sus reacciones cívicas.

Pero han sido suficientes unos cuantos gestos sublimes del soldado español, para que ese tinglado del trust periodístico, formado por lo más abyecto de las Bolsas de todo el mundo, verdaderos agiotistas de conciencias, se hundiese poco a poco, bajo el resplandor solemne de la verdad española, que se abre paso cada día, no solamente por el deseo de unos cuantos hombres de buena voluntad, sino por el proceder tan caballeroso del soldado del pueblo para con los vencidos. Nuestro Ejército por ese camino llegará a la victoria definitiva.

Aquel guerrillero, de cuyo inflamado ardor de defenderse y avanzar quedan huellas por la Historia, dejó paso franco al soldado regular que, además de por su organización bélica, se sentía fuerte también por su gran corazón y magnífica clarividencia de superioridad, para llegar al perdón, de aquellos hermanos suyos que engañados por sus jefes luchaban contra su voluntad, como presintiendo su engaño; y aun también de aquellos trabajadores extranjeros que enviados por Hitler y Mussolini a luchar contra un pueblo del que nada conocían, eran aprisionados por nuestras fuerzas, cuando a ellos les prometieron un «paseo feliz», pero que una vez en nuestro poder comprendían, unos, su obcecación y fanatismo, otros, encontraban de nuevo su «yo» personal.

El soldado del pueblo, nuestro combatiente, está personificado en aquel soldado que cuando fué tomado el Santuario de la Virgen de la Cabeza (episodio glorioso para los anales de nuestro Ejército), perdonó la vida a un rebelde, que sostenía aún en sus manos un muser humeante, aquel que tal vez hubiese disparado mortalmente sobre su hermano, que momentos

antes cayó muerto entre los agresores, teatro de la lucha. Ese corazón dolorido por la muerte de un ser querido, supo reaccionar, no solamente para proseguir su avance victorioso, donde tal vez le acechase la Parca, para llevarse a su hermano, sino también para perdonar, en un gesto sublime de caballerosidad, a aquellos desgraciados, que sojuzgada su voluntad por un jefe sanguinario, quisieron resistir, pues esperaban la ayuda de sus compañeros de rebelión.

Yo no dudo que estos detalles sean conocidos en algún círculo diplomático, pero comprendo que de ser conocidos por todos los pueblos del mundo, elevarían un monumento al pueblo español en todos sus corazones, ya que no en las plazas públicas, donde por «ornato», no lo consentirían las damas catequistas y «honradas» capitalistas, dueños contra derecho, de los resortes, de mando político-militar.

Nosotros, si somos capaces de perdonar, pruebas tangibles ha presentado el Gobierno de la República, y su modo de obrar lo acredita, ya que todo su afán es humanizar la guerra (aunque ella es sinónimo de anti-humana), para que la población civil viva apartada de la guerra, para que en los frentes se ventile la supremacía y no se haga teatro de la lucha a todo el territorio español; pero, en la facción, anida el ensañamiento, el fanatismo, el odio, el rencor, y por eso dicen por sus radios y perorán en las iglesias, que ¡pobres de los rojos, cuando nuestro ejército nacional entre en Madrid! ¡Ah! ¡Luego entonces no creen ni en la magnanimidad del supuesto vencedor! Pues esa diferencia básica hay entre fascismo y antifascismo.

Nosotros, a veces demasiado incautamente hemos sido magnánimos, hemos perdonado; pero ellos, en cambio, han fusilado, «por supuesta ascendencia liberal y revolucionaria», a muchos de los soldados hechos prisioneros en las batallas del Norte, y es que la verdadera diferencia no es de ideología, es de sentimientos, es de amor a nuestro suelo, pues mientras unos lo venden, otros lo rescatan, y es que en definitiva luchan España y la anti-España.

Nicolás FURIO
Comisario Político del destructor
«Gravina»

navegación de los buques británicos en el Mediterráneo.

Mientras tanto, Mr. Eden, que aunque fascista es inglés, habrá hecho una rayita en su libro de notas sonriendo irónicamente y habrá pensado: «Mussolini, además de ingenuo es bruto. Con la cuerda que le doy se va a ahorcar él solo. Cada hundimiento es un nudo que da a la corbata de cáñamo que le he regalado. Qué felicidad cuando llegue el momento de dar el tirón.»

Toucet
C. P. del «Libertad»

Stajanovistas

los agresivos. Esa es la lucha. Esa es la muerte de reaccionar, perseguir su tal vez le levárselo. También para sublimar de los desgracia voluntades quisieron la ayuda belión. En detalles en círculo. Entiendo que los pueblos un momento en to que no en se por «corlas damas» capitala. Precho, de político.

Es prurito muy de la idiosincrasia latina y por tanto de nuestro temperamento, el adoptar cosas de otros pueblos casi por reflejo. Nos damos los oídos con nombres exóticos más o menos rimbombantes, engañando a la opinión y engañándonos a nosotros mismos astutisimamente. Muchas veces se reúne un grupo de semi-analfabetos y se les ocurre fundar un «Ateneo Cultural»—ponemos por caso—donde el único ateneísmo estriba en ingerir infusiones y ganarse mutuamente los cuartos al subastado o al chameleo. Otras, lo que se funda es un «Athletic» o un «Sporting Club», donde cuatro señoritos anémicos se dedican a emborracharse sacando el pecho y hablando de los «records» ajenos. Los clubs náuticos en ciudades de la Meseta, donde todo el agua que ven está en un abrebadero, hacen legión.

Así, generalmente la relación que hay entre el nombre de la sociedad y los fines que persigue, es de lo más relativa. Ello no obsta para que los que la constituyen se creen intelectuales, atletas, marinos o filántropos, a tenor con el carnet la insignia de la solapa.

Algo parecido sucede con muchas concepciones de nuestra guerra, que nacidas al calor de ideales y sacrificios sublimes, son en muchos casos, (no en todos, desafortunadamente) trinchera en la que se parapetan muchos cínicos y papanatas.

Con un traje de cuero y una cartera de piel bajo el brazo, diciéndose «comité», «control» y otros nombres muy honrosos en quienes saben hacerles honor, han paseado por las ciudades de la España leal una multitud de incontrolados. Y a muchos emboscados hubo que descubrir bajo bizardos uniformes en las ciudades de retaguardia.

A través de las naciones europeas y en alas de la literatura social y política, llegó a nosotros una palabra evocadora de lucha y voluntad, de tesón y sacrificio, intelectualizadora del hombre de que se derivada: Stajanovismo, Stajanovistas.

¡Qué hermosa concepción revolucionaria!

Así fué adoptada; como denominación de los que con su cotidiana gesto se hacen dignos de tal nombre y aportan diariamente a la vanguardia oscura del taller, de la mina, del buque el material con que edificamos nuestra victoria. ¡Denominación tan gloriosa como la de héroe!

Pero, ¡ay! ¡cuántos cínicos o despistados se titulan stajanovistas, porque les suena bien el vocablo!

Exactamente iguales a los que se dicen anarquistas, socialistas, comunistas, masones..., sin parar a pensar lo que son estos ideales políticos, sociales o humanis-

tas, ni las obligaciones y sacrificios que lleva consigo el sentir las en el alma y hacerse dignos del significado que contienen.

Se hicieron stajanovistas como pudieron ingresar en una sociedad recreativa.

Hemos visto a obreros portuarios que así se autodeterminaban en cierto puerto de nuestra España, congratularse por haber verificado una descarga en cuatro días, cuando el mismo buque antes del movimiento era descargado por ellos mismos en igual tiempo, sin gloria de ninguna especie y para un capitalista explotador.

Hemos visto defender la jornada de ocho horas a algunos gremios en plena guerra, con mucho más tesón que la defendieron en épocas en que se trabajaba para una empresa, y muchos de estos defensores de sus «derechos», luego nos han dicho que eran de las «brigadas de choque» de su especialidad.

En todos los países en guerra, casi siempre impopular, se exigieron al trabajador, siempre, jornadas aumentadas sin aumento de jornal y el trabajador casi siempre respondió engañado por el espejuelo del patriotismo, etc...

Después de la guerra, los años del 18 en adelante, los obreros alemanes, trabajaron diez y doce horas, cobrando solamente ocho. Lo mismo, aunque en menor escala y menos tiempo, sucedía en Francia e Italia.

Actualmente en Ferrol, el yugo fascista impuesto a nuestros hermanos los trabajadores gallegos, además de oprobioso es estenuador. Pero sus verdugos lo traducen en rendimiento...

Después de quedarse sin brazos productores, como consecuencia de las matanzas de trabajadores y de las levas para las brigadas de fortificaciones en los frentes, han recurrido a la recluta de adolescentes de 14 a 17 años. Informadores fidedignos dicen que se les obliga a un trabajo brutal e intenso durante 12 y 14 horas, pagándoles un jornal miserable que no les permite subsistir. Entre los obreros fusilados por adoptar una actitud pasiva, figura el herrero más antiguo del Arsenal, un viejo llamado Pepe; los presos son innumerables.

Contrasta todo eso con nuestra zona. Aquí todos sabemos que trabajamos, por primera vez en España, para nosotros mismos. Que un obrero con su martillo en la mano, que un ingeniero en su mesa de trabajo son para la Victoria, tanto como un soldado o un coronel...

Por eso, ¡bienvenida sea la concepción Stajanovista! ¡Adelante soldados del taller y la fábrica, del campo y de la mina! Pero vigilad mucho, para que en vuestras filas, no se confunda con vosotros el vividor o el papanata que, escudado en ese nombre, procura pasar lo mejor posible y además cree que la colectividad aún le ha de estar agradecida.

Stajanovistas sí; pero de corazón y con obras.

KEPA

La situación militar

(Viene de 1.ª página)

del siglo actual, abandonando el ideal militar defensivo a que se debieran los trabajos de Seré, de Rivières y otros técnicos y la creación de la famosa Barrera del Este, de Belfort a Verdún, adoptaron con entusiasmo la teoría de la ofensiva, uno de los argumentos básicos del coronel Grandmaison, del general Foch y de todos los «brevetés» que luego rodearon a Joffre, a Nivelle y a Petain, fué el que ha esgrimido ahora, aplicándolo a nuestra lucha, el citado crítico del «Frankfurter Zeitung».

Pero la guerra moderna es demasiado complicada para quererla encerrar en unos libros de Academia. Habrá que hacerla siempre con sujeción a unas reglas inmutables y eternas porque son obra del sentido común. Y esas reglas están en Pirro y en Alejandro y en Escipión y en Anibal y en César y en el Gran Capitán y en el marqués de Santa Cruz y en Alejandro Farnesio y en Montecuculli y en Eederico de Prusia y en Turena y en Tornini y en Napoleón y en Molke y en Ludendorff... y en los vencedores de este último. Pero también el sentido común cambia, porque se modifican sus bases fundamentales. Por ejemplo, la guerra europea sorprendió a los Estados Mayores con el medio nuevo—nuevo hasta cierto punto, ya que había surgido parcialmente en la guerra ruso-japonesa—de los frentes lineales de centenares de kilómetros. Y esos Estados Mayores tuvieron, mal de su grado, que acomodar la vieja táctica y la antigua estrategia a las exigencias de la novísima forma de combatir que impusieran la necesidad y el azar, unidos y cómplices. Y se vió, sin embargo, que ejércitos soterrados durante años enteros salían de sus trincheras cuando lo ordenaban los generalísimos y eran capaces de asaltar y tomar las del adversario y aun de imponerle, explotando ventajas iniciales, la guerra de movimiento...

¿Por qué razón el Ejército republicano español iba a ser incapaz, llegado el momento, de transformar su defensiva estática en ofensiva dinámica? Brunete y Belchite habían sido alentadores ensayos. Teruel fué un estreno feliz. Otras empresas acreditarán y consolidarán su naciente fama.

Otro crítico alemán, el coronel von Penecke, en un artículo del recién publicado «Anuario de la Reichswehr para 1938», ha planteado un tema muy interesante, relativo también a la guerra española. Ha dicho, en sustancia, que las tropas italianas y la «macedonia» de razas y colores que forma la infantería franquista se han acostumbrado a que la aviación lo dé todo hecho, y los triunfos de las unas y la otra en el Norte de España no son gloriosos porque fueron las fuerzas aéreas las que vencieron a las milicias de la República. Y ha añadido que los aviadores alemanes se quejan amargamente de que se les confíe todo el trabajo ofensivo y de que las otras armas se limiten a ocupar las posiciones del adversario cuando éste las haya abandonado ante los bombardeos y ametrallamientos de los aeroplanos.

¿Qué habrán pensado en Italia de semejantes censuras? Von Paenecke, con una brutalidad completamente prusiana, ha negado todo mérito a

Sección Técnica

El arma aérea en la guerra naval

II

Este hidroavión autónomo difiere esencialmente de los hidros encargados de la defensa costera.

En el hidro que consideramos, cuya misión principal es la exploración, su más adecuada característica ha de ser—por su necesidad de «permanencia en el mar»—la autonomía; en cambio, el hidro perteneciente a las defensas costeras, por sus peculiares misiones, ha de tener como principal característica la velocidad.

Autonomía aérea ha de ser como mínimo la dada por la duración de las horas del día, que viene a ser de diez horas en invierno y diez y ocho en verano en Europa, y doce horas en todos los tiempos en los Trópicos—ya que la aeronáutica naval no es utilizable más que de día—, y a esto habrá que añadir las horas necesarias para ir y volver de su base al punto más lejano del teatro de operaciones, lo que representa, suponiendo una extensión de este teatro de unas doscientas millas y una velocidad al hidro de 100 nudos, por lo menos de cuatro horas.

Lo que nos dará un total en invierno de catorce horas y en verano de veintidós.

El record actual de autonomía en hidro de casco marino ha llegado a ser de unas treinta horas. El hidro Dornier Superval, cargado al máximo, que es de unas quince toneladas, ha llegado a tener una autonomía de diez y siete horas; pero es preciso tener en cuenta que esto es con una carga militar nua y a velocidades económicas,

las operaciones nórdicas de los facciosos y sus auxiliares. Y ha aconsejado que se cambie de sistema. Y ha recordado el aforismo bélico de que la artillería prepara el asalto y la infantería avanza y ocupa...

En la batalla de Teruel, cuando Franco lanzó sobre nuestras líneas exteriores de la plaza varias enormes columnas apoyadas por muchas baterías y una nutridísima aviación, nuestra infantería tuvo que resistir impávida, sin más protección que frágiles trincheras abiertas sobre nieve, bombardeos terroríficos terrestres y aéreos. Y los soportó sin flaquear, pegándose al suelo, esperando que la infantería contraria avanzase para aniquilarla con sus ametralladoras, sus fusiles y sus granadas de mano.

¿Será seguido por Franco y los italianos el consejo de von Paenecke? Pronto habremos de verlo...

Lo indudable es que la guerra ha entrado, a despecho de la calma de los últimos días, en una fase de extraordinaria actividad. Viben los frentes y las retaguardias. Se acercan horas de gran emoción, Pero nosotros las esperamos con la cabeza serena, los nervios tranquilos y el corazón animoso. Somos optimistas, mas no optimistas por intuición y entusiasmo. Nuestro optimismo se basa en realidades. En realidades que no tuvimos antes...

de manera que, dadas las misiones que a estos aparatos están encomendadas, su autonomía llegará a ser muy inferior a las anteriores cifras.

Claro está que podemos en cierto modo aumentar la autonomía de un hidro dándole cierta autonomía de superficie; esto es, la posibilidad de posarse en la superficie del mar y de rellenar de combustible o pasar la noche fondeado. Esta necesidad de que tenga buenas condiciones marinerías hace que sea preferible el casco marino central a los flotadores y que sea también de un toneleje suficiente. Para conseguir esta autonomía de superficie lo más elevada posible, es necesario disponer de multitud de pequeñas bases donde le sea factible posarse y amarraderos apropiados. A esto tiende Inglaterra, disponiendo para ello de una serie de puestos de amarre, provistos de un muelle sumergible, al cual va hecha firme una boya de caucho para que no sufra el aparato al tomarla, convenientemente situadas en radas abrigadas y cerca de grandes poblaciones donde se les pueda enviar fácil y rápidamente combustible.

Necesariamente, estos grandes hidroaviones de reconocimiento han de ir armados por ametralladoras en número suficiente para poder defenderse de los aviones de caza enemigos, pues ya que su misión principal es reconocer y explorar, y no atacar, no parece necesario vayan provistos de armamento alguno contra los buques de superficie, pues, en este caso, con el aumento de peso que representarían bombas o torpedos, lógicamente disminuirían considerablemente su autonomía.

En cambio es preciso, como antes hemos dicho, un eficaz armamento contra los aviones de caza enemigos, por los que serán irremisiblemente atacados, y teniendo en cuenta su tonelaje más conveniente, que ha de ser del orden de las quince toneladas, porque, ade-

(Continuad)

En el Hospital de Marina

Cumpliendo la orden circular del Ministro de Defensa Nacional, el día 3 se hizo el relevo del Comisario Político del Hospital Militar, compañero Silvela, fué un momento de intensa emoción al dirigirles a la dotación de dicho Hospital la palabra de despedida, y el sentimiento tan unánime de Jefes de Clínicas, como personal subalterno. Puede marchar el amigo Silvela satisfecho al cesar en su cargo de Comisario Político, de la gran labor desarrollada durante el tiempo que desempeñó dicho cargo. Le deseamos los mismos aciertos en el nuevo cargo de Comisario Político de las lanchas torpederas.



A los fascistas agazapados hemos de hacerlos tanto daño como ellos nos han hecho a nosotros

El pasado...

La lucha terrible que conmueve al pueblo español ha puesto de manifiesto todo nuestro pasado. Pasa nuestro pasado por nuestra cabeza como si lo soñásemos. Con ser ahora cada español protagonista de tragedia, diríase que, sin embargo, deliramos y es nuestro delirio el de ayer que «siglo a siglo y gota a gota» sucede atravesando todas las conciencias.

Este fondo del pasado ha estado tras de la vida española presionándola con más angustia que a ninguna otra. Quizá por lo mismo que otros países europeos tienen su propio pasado clasificado en ideas, acunado en conceptos, no padecían de tan fuerte presión. Porque sabido es que una de las funciones de los conceptos es tranquilizar al hombre que logra poseerlos. En la incertidumbre que es la vida, los conceptos son límites en que encerramos las cosas, zonas de seguridad en la sorpresa continua de los acontecimientos. Sin ellos la vida no saldría de la angustia en que permanecería estancada, a no ser que fuera permanente felicidad, presencia total, revelación completa de todo cuanto nos importa.

Pero la vida no se encuentra rodeada de presencias totales, ni puede tampoco quedar a merced de realidades oscuras. La definición, operación lógica tan eludida a causa de su sequedad, es una función de la vida, íntima necesidad ligada con el amor, «la dolencia de amor que no se cura sino con la presencia y la figura». Presencia y figura que en cierto modo da el concepto, la definición.

Esta raíz amorosa y curadora de la angustia que poseen las ideas, cuando son vivas, hace que sea más terrible el hecho de que hayamos tenido los españoles tan pocas. Dificilmente pueblo alguno de nuestro rango humano ha vivido con tan pocas ideas, ha sido más ateo que el

nuestro. El español se ha mantenido con poquísimas ideas, estando tal vez en relación inversa con el tesón con que las hemos sostenido. Pocas ideas, a las que nos hemos agarrado con obstinación casi cósmica y en las que hemos llevado, encerrado como en un hábito, nuestro entendimiento. Para el español de pura cepa, adquirir unas ideas era como profesar en una orden monástica. Sobremanera grave es la cuestión, pues cabe preguntarse inmediatamente: ¿Es que no funciona en el fondo de nuestra alma ese afán de conocimiento, la sed amorosa por la presencia y la figura que conduce el entendimiento a través de los áridos terrenos de la lógica hasta llegar a las ideas claras, a las definiciones resplandecientes? ¿Es que el español, tan rico en materia humana, en generosidad, heroísmo, sentido fraternal, ha quedado desposeído de esta maravillosa capacidad de saber, de esta capacidad de hacer ideas claras, trasmutadoras de oscuras angustias? No sería tan grave la cuestión si creyéramos, como ha sido por muchos siglos usual, que el saber teórico fuese un lujo, la satisfacción de un deseo ennoblecedor, pero que en última instancia podríamos pasarnos sin él, aunque la vida bajara de rango. Pero no lo creemos ya así; el pensamiento es función necesaria de la vida, se produce por una íntima necesidad que el hombre tiene de ver, siquiera sea en grado mínimo, con qué tiene que habérselas, por ser la vida algo que tenemos que hacernos y no regalo cumplido y acabado, por estar rodeada la misteriosa soledad de cada uno de cosas y acontecimientos que no sabe lo que son, y por haber destrucción, muerte y sinrazón, es necesario—y hoy más que nunca—el PENSAMIENTO.

J. L. PRIETO

Las Cortes de la República

Las Cortes inauguraron su labor el martes 1.º de febrero. Todos los diputados republicanos, socialistas, comunistas y autonomistas que no fueron asesinados por los facciosos o que no gimen en las cárceles de la rebelión, asistieron a la sesión.

Se ha podido oír, una vez más, de labios del Jefe del Gobierno, la afirmación categórica de que la España Republicana no solo ganará la guerra, sino también y muy especialmente ganará la paz. Una paz que será hecha «sin abrazos, componendas ni mediaciones». Una paz que asegurará el imperio total del derecho. Una paz que hará ondear la bandera de los tres colores, síntesis de la historia española, sobre las cincuenta provincias que forman el territorio nacional.

Fue la pieza oratoria del Jefe del Gobierno, una escrupulosa Dación de Cuentas. El Poder Ejecutivo, al comparecer ante el Legislativo, representación de la mayoría del Electorado, se somete a su juicio y espera su fallo. Trabajó lo mejor que pudo y supo, con indubitable buena voluntad, con patriotismo limpio y sincero, fija la mirada en los obstáculos enormes acumulados por el enemigo... Y obtuvo la reintegración a la República de Teruel, acompañado este triunfo de éxitos innegables, prólogo de los definitivos que han de llevarnos a la meta del triunfo...

Una afirmación trascendental hizo, entre otras, el Dr. Negrín. Esta: «Puedo asegurar—dijo—que económicamente no podemos perder la guerra». Y cuando el Ministro de Hacienda y de Economía Nacional, además de Presidente del Consejo, lo dice, es porque puede decirlo. Que esta seguridad conforte el ánimo de los leales tanto como debilitará el de los facciosos.

Y las Cortes ratifican explícitamente con entusiasmo que no excluye la serenidad, su confianza al Gobierno de la República.

Que lo vean todos, fuera de España. Somos una nación libre que se gobierna a sí misma, con arreglo a la Constitución que quisiera darse invadida, traicionada, con gran parte de su suelo cubierto de ruinas y cadáveres, se defiende y a la vez cumple escrupulosamente sus obligaciones civiles.

Somos una de-

La centésima reunión de Ginebra y la civilización

La Prensa conservadora inglesa viene comentando estos días el grado de salvajismo a que quieren retrotraer a la civilización esos dictadores totalitarios a quienes han prodigado consideraciones las clases «selectas» de las grandes democracias.

Hay periódicos de los de mayor circulación en la Gran Bretaña, que califican los bombardeos de Barcelona como los más horribles episodios que se han conocido desde el comienzo de la civilización. Cualquiera diría que la civilización comienza a mirarnos, que no se ha enterado de lo de Almería, de lo de Guernica, de tantos otros episodios no menos salvajes que los que ahora han logrado abrir los ojos a la Prensa, que tantas alabanzas tuvo para los fascistas y tantos reproches para los republicanos que trocaron sus herramientas por fusiles para oponerse a la deslealtad y a la invasión. Y no son del todo justos los periódicos ingleses cuando dicen que Italia está sembrando terribles recuerdos que habrán de ir ligados a su nombre por mucho tiempo. Si Jack el Destripador volviese a la vida a reanudar su criminal carrera, corregida y aumentada de acuerdo con las exigencias totalitarias hoy en boga; si tuviese la precaución de relacionar sus sanguinarias aficiones con la política internacional para satisfacerlas impunemente; si hallanase día tras día los honestos hogares británicos, y asesinasen a mujeres, a niños, a ancianos, y robasen y prendiesen fuego a las casas, y se burlasen públicamente de la ley y de las autoridades... ¿Se conformaría esa Prensa conservadora con decirle que era el mayor criminal que había conocido la civilización y con advertirle que dejaba tras él una estela de terribles recuerdos? Recibiríamos algunos kilos de algodón hidrófilo de «ayuda» a nuestros pobrecitos niños como prueba de la emoción que vive la Civilización, tan sutil y ligera como el propio algodón en que se transfigura.

Desde que existe la Civilización, pocos episodios habrá que, desde un punto de vista moral, sean más horribles que aquellos a que ha dado lugar la política de no intervención con su lenidad hacia los agresores y su indiferencia hacia las víctimas.

Es público y notorio que, en el caso de los atropellos a que ahora se refiere la Prensa conservadora inglesa, lo mismo que en casos anteriores y no menos graves, la autoridad competente es la Sociedad de Naciones, donde ya sabemos quiénes son los que mandan, quié-

nes los que estorban y quiénes los que la invitan insistentemente que cumpla con su deber. Pero bien: salvo la U. R. S. S., México, China y alguno que otro país, ¿alguien allí de quien se pueda esperar que haga algo útil en contra de esos horrores que, según el aludido periódico inglés, jamás han sido igualados en lo que lleva mos de vida civilizada? Acaba de terminarse la centésima reunión del Consejo. Inglaterra y Francia que son las potencias que más influyen en los acuerdos societarios vuelven a asegurar que son fieles a la Sociedad, en lo que serán tomadas individualmente por cada uno de los países en ella representados, dejándonos convencidos de que lo única infidelidad es la de la propia institución, que es, por lo visto, desleal a sí misma. La mayoría de las naciones que han estado representadas en el Consejo, han votado a favor de lo que apoyaron aquellas dos grandes potencias. Se ha sostenido, pues, el Pacto, reformado en algunos de sus detalles, y se continúa abogando por la seguridad colectiva, mientras que los países totalitarios siguen asesinando impunemente a los habitantes pacíficos de los pueblos que son miembros de la Sociedad y a quienes se han asegurado colectivamente una protección que por ninguna parte asoma.

La razón, ya la sabemos: la paz ante todo. Por no tomarse la molestia de lidiar con los criminales hay que dejar que los crímenes sigan su curso. Las grandes potencias democráticas se dan por muy satisfechas si logran aislar la guerra, por lo menos en la documentación oficial. De donde resulta que la fidelidad al Pacto y a la idea de «la seguridad colectiva» sirven muy eficazmente para convertir a España en liza, al mundo en público y a la Sociedad de Naciones en palco de honor. Y si no fijamos en ésta un poco imaginativamente, procurando ver a través de su somera modernidad, lo honesto de su actitud, no necesitamos gran esfuerzo para sorprender en ella una supervivencia de la antigua Roma; los ojos del grupo clavados en la arena, donde los cristianos son despedazados por las fieras sin que se permita a nadie intervenir en su favor. Pero entre los distinguidos espectadores que nos miran desde Ginebra, se echa de menos el César a quien los que iban a morir saludaban; y las fieras son cristianos, y las supuestas víctimas abandonadas a su furor.

La Sociedad de Naciones ha preferido mirar en otra dirección. Ha evocado esas corridas de toros que tanto nos censuran los que tanto crimen toleran.

Hogar del Marino

El aparato de radio, rifado en este Hogar el día 3 del actual, ha correspondido al núm. 5985.

